

## LA REVOLUCIÓN CUBANA Y EL MUNDO SOCIALISTA

FEDERICO G. GIL,  
*Universidad de North Carolina*

LA REVOLUCIÓN dirigida por Fidel Castro, al poner fin a la dependencia económica y a la subordinación política de Cuba a los Estados Unidos, ejerció un doble impacto sobre los moldes tradicionales en que se había forjado hasta entonces la política exterior de los Estados Unidos y de la América Latina. En primer lugar, la incorporación de Cuba al bloque soviético alteró substancialmente el esquema tradicional de las relaciones hemisféricas e introdujo por primera vez en el hemisferio occidental el sistema de "balances de poder". Históricamente, dicho sistema había estado siempre excluido del continente debido a tres factores: 1) la doctrina de Monroe que había servido para impedir la intervención de las potencias europeas en los asuntos hemisféricos; 2) el desarrollo del sistema regional interamericano basado teóricamente en el predominio de las normas del derecho y en el principio de la igualdad jurídica de todos los países; y 3) la excepcional disparidad entre el poder militar de Estados Unidos y el de sus débiles vecinos latinoamericanos. Este esquema tradicional de relaciones se transformó radicalmente cuando Cuba solicitó el apoyo de la Unión Soviética. El segundo impacto de la Revolución cubana se derivó del hecho de que un país pequeño, sometido desde su nacimiento a un poderoso vecino, desafiara exitosamente la influencia, el poderío y el prestigio de la potencia preponderante en el hemisferio occidental.

A medida que los acontecimientos en Cuba determinaron una rápida radicalización del régimen producto de la Revolución, el problema de la "vía pacífica" adquirió una importancia crucial para el movimiento comunista latinoamericano. Fidel Castro, ignorado al principio por los comunistas, quienes lo consideraron como un vulgar "putschista" y aventurero burgués, se convirtió de la noche a la mañana en el héroe popular de toda la América Latina. No habría de pasar mucho tiempo sin que Castro reclamase el liderazgo continental de la Revolución Social Latinoamericana con su dramático llamado para convertir la cordillera de los Andes en otra Sierra Maestra.

Aunque el comunismo latinoamericano se haya beneficiado notablemente de su asociación con la Revolución cubana, muchos observadores han ignorado que, al mismo tiempo, esta íntima relación ha sido también fuente inagotable de problemas y angustiosos dilemas para el comunismo internacional. Pero antes de examinar estos aspectos que han

resultado detrimentes para la causa comunista, es necesario que se consideren ciertas peculiaridades del fenómeno cubano.

Aunque la Revolución cubana haya sido clasificada por algunos autores como de tipo "leninista", su excepcional naturaleza ha sido comentada por todos los estudiosos del proceso revolucionario. La mayoría de los escritores mantienen que las revoluciones "leninistas" tienen lugar cuando los partidos comunistas son capaces de explotar el descontento popular causado por injusticias económicas y sociales. La presencia de una serie de condiciones es indispensable para crear la conmoción social, entre otras, la fuerza mayoritaria de los trabajadores, las estructuras sociales arcaicas, una clase media débil e ineficaz, desilusión con la democracia representativa y, finalmente, el desajuste y tensiones que trae consigo un proceso incipiente de industrialización. El análisis de un sagaz observador del caso cubano demuestra que este concepto no puede aplicarse a esta revolución. Aunque antes de la Revolución Cuba era indudablemente un país pobre, disfrutaba, sin embargo, de un nivel de vida superior al de la mayoría de las naciones latinoamericanas. Las desigualdades económicas y sociales eran en general menos pronunciadas que en gran parte del continente y su sistema agrario, aunque basado en el monocultivo y dominado por la industria azucarera y el latifundio, no tenía las características semif feudales que se encuentran en otros países latinoamericanos. Los sectores medios de la sociedad cubana habían alcanzado un cierto grado de desarrollo y continuaban aumentando en número; el concepto de la democracia representativa era ampliamente aceptado. Por último, las fuerzas comunistas organizadas en el Partido Socialista Popular nunca constituyeron sino una pequeña minoría (10 por ciento del electorado en elecciones libres) de la población y habían demostrado siempre una especial habilidad para acomodarse al sistema político que prevalecía en la isla.

Otros observadores, entre ellos los propios líderes comunistas antes de 1959, consideraron el fidelismo como una revolución fundamentalmente burguesa. Esta aseveración no puede tener fundamento ya que es de sobra conocido que en Cuba no existía ningún conflicto básico entre la clase terrateniente y el capitalismo burgués pues ambos grupos se hallaban íntimamente vinculados. Asimismo, sería difícil hallar un conflicto de intereses entre el imperialismo y la burguesía cubana.

De la misma manera, el argumento utilizado por aquellos que mantienen que la Revolución cubana es una revolución del campesinado o del proletariado no resulta convincente. Los campesinos constituían un sector minoritario de la población total y la inquietud y descontento en las áreas rurales que caracterizaron la Revolución mexicana de 1910 y la revolución de 1952 en Bolivia prácticamente estuvieron ausentes en el caso cubano. En lo que respecta al proletariado urbano, los observadores están de acuerdo en que este grupo constituyó el sector social más pasivo durante la lucha contra la dictadura de Batista. Tampoco es convincente la interpretación marxista, de acuerdo con la cual la

Revolución cubana en sus inicios fue esencialmente una revolución "popular", comparable a la Comuna de París de 1871 dado que la participación activa de las masas en el fenómeno cubano fue siempre limitada.

La explicación ofrecida por Goldenberg parece tener mucha mayor validez que las anteriores. De acuerdo con este autor, si tratamos de identificar la base social de la Revolución, ésta se encuentra en el gran conglomerado de individuos alienados como consecuencia del desempleo y ocupación disfrazada y la indisciplina social; este sector hasta entonces no había desarrollado una conciencia de grupo ni tampoco había tenido la oportunidad de organizarse políticamente. Estos fueron los grupos que según Goldenberg, suministraron en general la base social mínima para la Revolución cubana. Más adelante en su análisis, Goldenberg señala tres características que son exclusivas de la Revolución cubana 1) fue un movimiento iniciado y dirigido no por los comunistas, sino por un líder carismático; 2) la Revolución experimentó en sus inicios una "fase humanista" durante la cual la gran masa de los necesitados recibió beneficios inmediatos; y 3) la transición entre las fases democrática y totalitaria de la Revolución se tradujo en un proceso continuo y pacífico y su liderazgo no experimentó cambio alguno. Este último fenómeno significó que la Revolución en tanto se manifestó en su aspecto violento (durante la lucha contra Batista) no fue socialista, mientras que al asumir caracteres socialistas (durante la segunda etapa) no tuvo expresión de violencia alguna. La transformación de la revolución democrática en socialista fue esencialmente el resultado de un gran número de interacciones entre las decisiones personales de Fidel Castro, su "líder máximo", y las consecuencias generadas por estas decisiones.<sup>1</sup> Es necesario tener siempre presente, o de lo contrario se corre el riesgo de adoptar falsas perspectivas, que la Revolución cubana es primordialmente la revolución de un hombre, Fidel Castro, y que el proceso revolucionario a través de todas sus fases lleva el sello inconfundible de su personalidad. Político hábil, dotado de la intuición y de la capacidad para manipular hombres que distinguen al verdadero líder, producto de un continente afectado sólo superficialmente por las ideologías modernas, Castro no era comunista, sino un hombre obsesionado con la idea de la justicia y con la noción de que él era el instrumento para lograrla.<sup>2</sup> Sin afinidades ideológicas de ningún género, ni haber elaborado siquiera un programa definido para Cuba al comenzar su Revolución Castro llegó eventualmente a la conclusión de que era ne-

<sup>1</sup> Boris Goldenberg, "The Cuban Revolution: An Analysis", *Problems of Communism*, vol. XII, núm. 5 (sept.-oct. 1963).

<sup>2</sup> Los más idóneos analistas de la Revolución coinciden en este juicio. Véase, por ejemplo, Ernest Halperin, "Castroism: Challenge to the Latin American Communist", *Problems of Communism*, vol. XII, núm. 5 (sep.-oct. 1963) p. 10; Theodore Draper, *Castroism: Theory and Practice* (Frederick A. Praeger, Inc., Nueva York, 1965); y Andrés Suárez, *Cuba: Castroism and Communism, 1959-1966* The M.I.T. Press, (Cambridge, Mass., 1967).

cesario efectuar una reestructuración total y drásticamente revolucionaria del orden social. Sus ideas fueron entonces desarrollándose a medida que cambiaban las circunstancias. Cada medida de reforma social adoptada por el régimen revolucionario trajo como consecuencia la enemistad de determinados sectores cuya resistencia hizo a su vez necesaria la adopción de nuevas y más radicales medidas. No había de pasar mucho tiempo antes de que la acumulación de tales medidas revolucionarias hiciera imposible la supervivencia del sistema y aun de un sistema de economía mixta. Estas decisiones del líder de la Revolución lo llevaron de modo inexorable a buscar apoyo interno en los comunistas, grupo minoritario que, aparte de su conocida docilidad, podía ofrecerle además un programa político específico. Su identificación en el exterior con el bloque soviético fue también un resultado de estas circunstancias dictada por razones oportunistas y no de naturaleza ideológica.

Esta falta de afinidad ideológica fue agudizada por el hecho de que las ideas de Castro sobre la justicia absoluta no se ajustan a los principios del marxismo ortodoxo que mantienen que el comunismo triunfará inevitablemente, no porque es justo, sino porque representa la fase más elevada del proceso de desarrollo económico-social. Como si esta diferencia no fuese suficiente fuente de fricción ideológica, el líder cubano aceptó otra herejía aún más grave: la doctrina de Ernesto (Che) Guevara sobre la guerra de guerrillas como el principal instrumento para la revolución social en América Latina. La teoría del Che viola evidentemente el dogma oficial del marxismo-leninismo que sostiene que el proletariado urbano constituye el eje de las fuerzas revolucionarias y que el advenimiento del comunismo no puede tener lugar hasta que esta clase se constituya en la vanguardia de la lucha revolucionaria. La afirmación hecha por Guevara de que en América no es necesario esperar que se produzcan las condiciones conducentes a la revolución, ya que es factible crearlas mediante la guerra de guerrillas, contribuyó significativamente al cisma ideológico entre la ortodoxia marxista y los líderes revolucionarios cubanos.

La aceptación de estas ideas por el movimiento comunista latinoamericano hubiera significado un cambio total de su política y tácticas tradicionales. El principio de que las condiciones para la revolución no eran favorables en la América Latina sirvió siempre de justificación para que dicho movimiento hubiese aceptado las "reglas del juego" político y hubiese seguido hasta entonces una política caracterizada por un espíritu acomodaticio al sistema existente. En caso de admitir la validez de la tesis del castrismo y de recurrir entonces a la táctica de guerrillas como instrumento de acción política, el comunismo latinoamericano corría el riesgo de perder todas aquellas ventajas tan trabajosamente conseguidas en el pasado mediante la colaboración de otros grupos políticos. Fue por esto que el liderazgo comunista de América Latina con raras excepciones optó por rechazar la estrategia fidelista y continuar en cambio la política tradicional de la "vía pacífica". No

obstante, dentro de los partidos comunistas o en su periferia, surgieron grupos que se proclamaron defensores de la tesis de Guevara que invariablemente fueron tachados de aventureros y dogmáticos por el comunismo ortodoxo.

En efecto, el carácter "exportable" de la Revolución cubana quedó justificado por la aparición, a partir de 1960, de numerosos grupos "fidelistas", en muchos casos como resultado del desprendimiento de las alas extremistas de los partidos populares establecidos. Entre los más importantes se encuentran el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) y una facción de la URD (Unión Republicana Democrática), ambos en Venezuela, y en Perú un segmento de los apristas que adoptó el nombre de APRA Rebelde. Estos y otros grupos diseminados prácticamente por todo el continente se distinguen por su inspiración ideológica marxista-leninista y su admiración por el proceso revolucionario-socialista cubano. Sin embargo, no son simples *a láteres* del comunismo ni copartícipes de ninguna vasta conspiración internacional. Las diferencias que los separan del comunismo ortodoxo son significativas: todos mantienen una posición en política internacional absolutamente independiente de Moscú o de Pekín, aunque coincidan a veces con las posiciones de una u otra de las potencias comunistas. Su ferviente nacionalismo no les permite admitir la fórmula soviética de la coexistencia pacífica por la reconciliación y el ajuste de diferendos con los Estados Unidos que esa fórmula implica. Asimismo el marxismo-leninismo que profesan es de una peculiar especie "criolla" carente de verdadera sustancia ideológica. El enfoque es simplista y la afinidad ideológica se reduce a la aceptación de la tesis marxista de la explotación del hombre por el hombre y de la teoría leninista del imperialismo como última etapa del capitalismo. Finalmente, el conflicto entre estos grupos y los partidos comunistas se agudiza al mantener los primeros la tesis de Guevara de que el campesinado y no el proletariado industrial está destinado a desempeñar el papel principal en el proceso revolucionario de América Latina.

En vista de lo anterior resulta claro que si por un lado la Revolución cubana redundó en un considerable aumento del prestigio y en notables ventajas para el comunismo latinoamericano, por otro lado fue causa de profundos trastornos y peligrosas divisiones internas en dicho movimiento. En el caso de Cuba el desenlace de estas luchas es visible. Fidel Castro ejerce su control indisputado sobre el organismo político creado en 1965 para dirigir la Revolución: el Partido Comunista de Cuba. Los comunistas cubanos ortodoxos que constituían el liderazgo del antiguo Partido Socialista Popular no sólo han visto dicho partido disuelto, sino que además han sido relegados a posiciones secundarias o insignificantes en la nueva estructura del poder. Entre los ocho miembros actuales del Politburó cubano no hay un solo comunista de la "vieja guardia". El organismo clave del partido está enteramente en las manos de los miembros del antiguo Movimiento 26 de Julio o del Ejército Rebelde. En lo que respecta a las relaciones con la Unión So-

viética, resulta claro también que el régimen no puede asumir posiciones que hagan peligrar la ayuda económica rusa y, de la misma manera, los soviéticos se han visto forzados a tolerar por parte de Cuba un amplio grado de independencia y en algunos casos hasta de insubordinación política.

Al producirse el conflicto ideológico sino-soviético el ejemplo de la Revolución cubana sirvió para robustecer el postulado chino de que la violencia es el único camino práctico hacia el poder, a la vez que intensificó las dudas sobre la validez de la doctrina rusa de la "vía pacífica" para el comunismo latinoamericano. Los puntos básicos de coincidencia entre la posición cubana y la china son obvios: 1) el rechazo de todo gesto soviético encaminado a reducir tensiones con los Estados Unidos; 2) la convicción de que la lucha revolucionaria violenta es la única vía realista para promover la revolución en todos los países; y, 3) el rechazo de la fórmula gradualista o evolucionista de la Unión Soviética, considerada como una simple excusa para evadir la acción revolucionaria.<sup>3</sup> Aunque la similitud entre la revolución china y la cubana fuese algo casi enteramente accidental, el hecho es que el éxito de Castro demostró plenamente a Pekín que la experiencia china ofrecía a los revolucionarios de los países subdesarrollados la estrategia más adecuada para apoderarse del poder.

En 1960 la Unión Soviética apeló al comunismo latinoamericano en busca de apoyo en su disputa ideológica con China. Un numeroso grupo de delegados de los partidos comunistas latinoamericanos asistieron al Congreso del Partido Comunista rumano que sirvió a Jruschov de foro para presentar el punto de vista soviético. En agosto de ese mismo año 14 delegaciones latinoamericanas asistieron al Octavo Congreso del Partido cubano celebrado en La Habana. La solidaridad del comunismo latinoamericano con la Unión Soviética quedó evidenciada con la asistencia de delegados de las veinte naciones americanas a la reunión de 81 partidos comunistas en Moscú, celebrada en noviembre de 1960, en la que se discutieron las diferencias sino-soviéticas. Tanto en Moscú como en todos los congresos comunistas de la Europa oriental, los líderes comunistas latinoamericanos fueron objeto de exhortaciones para evitar el dogmatismo ideológico y de llamados para que adoptasen fórmulas adecuadas a las condiciones específicas de cada país.<sup>4</sup> Sin excepción, los líderes latinoamericanos presentes en Moscú reafirmaron su lealtad a la causa soviética, a pesar del descontento que ya empezaba a manifestarse entre los elementos más jóvenes de los partidos.

El conflicto sino-soviético se constituyó nuevamente en objeto de de-

<sup>3</sup> Para un excelente análisis del desarrollo de la escisión sino-soviética véase Robert K. Furtak, "Revolución mundial y coexistencia pacífica", *Foro Internacional*, vol. VII, núms. 1, 2 (julio-diciembre 1966), pp. 1-28.

<sup>4</sup> Rollie E. Poppino, *International Communism in Latin America*, The Free Press of Glencoe, Londres, 1964, pp. 169-170.

bates en el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado en octubre de 1961. El ataque de Jruschov contra Albania y por lo tanto contra la posición china, selló definitivamente la ruptura entre las dos potencias marxistas con la consiguiente conmoción en el mundo comunista. El liderazgo soviético, cuyo prestigio mundial había aumentado considerablemente con los éxitos tecnológicos rusos en la exploración del espacio, no tuvo dificultades en imponer su autoridad. Por otra parte, la supervivencia del régimen cubano era muestra palpable de la capacidad soviética para proteger otros gobiernos afines que pudieran surgir en la América Latina.

Más tarde, sin embargo, el nuevo rumbo adoptado por la política exterior de Moscú, después del enfrentamiento soviético-norteamericano durante la crisis de octubre de 1962, tuvo profundos efectos en las actitudes de los partidos comunistas del hemisferio. Era evidente que los Estados Unidos no estaban dispuestos a permitir una nueva expansión de la influencia soviética en el continente y por tanto, la posibilidad de establecer otro régimen comunista en la América Latina se hacía muy remota. El principal efecto de la nueva política soviética de reducir las tensiones con el bloque occidental fue el retorno por parte de dichos partidos a la política tradicional de alianzas tácticas de objetivos limitados con grupos no comunistas. Pero, al mismo tiempo, la crisis de octubre tuvo otro efecto: el recrudecimiento de la controversia sobre la "vía pacífica" dentro de las filas comunistas. Las relaciones sino-soviéticas se deterioraron rápidamente a medida que los defensores de ambas posiciones se enfrentaron en los congresos celebrados en Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia e Italia durante los últimos dos meses de 1962, además de la intensificación de la campaña propagandística china que acusaba a la Unión Soviética de apaciguamiento y de traición a Cuba.

Aunque es difícil medir con precisión hasta qué punto la posición china ha obtenido apoyo en las filas del comunismo latinoamericano, puede suponerse que Pekín cuenta con la simpatía de grupos militantes considerables en número como para constituir un peligro potencial para la hegemonía soviética. Es conveniente observar que la mayoría de los grupos disidentes están constituidos por miembros jóvenes. En vista de que el liderazgo actual está compuesto en su mayoría por figuras de cierta edad que necesariamente tendrá que renovarse en un futuro más o menos próximo, es lógico pensar que por lo menos algunos de los nuevos líderes habrán de provenir de los grupos militantes "pekineses".

Serias divisiones internas han ocurrido en cuatro países importantes, Brasil, Bolivia, Chile y México. En Venezuela, la posición ideológica del Frente de Liberación Nacional no es definida, a pesar de que utilizó las tácticas de guerrillas y actividades terroristas. En Perú y Brasil los grupos pro-soviéticos se han visto envueltos en difíciles luchas ideológicas con los comunistas "pekineses". Una serie de fracasos políticos unida al relativo éxito de violentas campañas anticomunistas por parte de gobiernos militares en el Ecuador, Honduras y Brasil, han contri-

buido a crear cierta desilusión con la línea soviética gradualista y han hecho más atractiva la fórmula de Pekín. En lo que a Cuba se refiere, Fidel Castro ha podido mantener con éxito una equívoca neutralidad en el conflicto que públicamente ha calificado de “disputa bizantina” y todo parece indicar que China, así como la Unión Soviética, habiendo agotado todo tipo de presión sobre el gobierno de La Habana, se han resignado a aceptar la posición neutral cubana.<sup>5</sup>

Aun en aquellos países en que la escisión en las filas comunistas no es grave, como en Argentina, es significativo que en algunos casos los partidos hayan tomado ciertas medidas encaminadas a neutralizar a los grupos disidentes y en otros, a apaciguarlos mediante concesiones. En Bolivia, donde existe una fuerte tendencia hacia la acción violenta, sólo unos cuantos grupos pequeños siguen una orientación pro-Pekín. En el Brasil, la principal facción disidente se separó para organizarse independientemente después de la expulsión de varios líderes del partido. La nueva organización cuenta con unos 1 000 miembros la mayoría de los cuales están radicados en los estados de Saõ Paulo, Rio Grande do Sul y Guanabara. Este grupo ha declarado su adhesión a Pekín y, no obstante los esfuerzos conciliatorios del venerable líder del comunismo brasileño, Luis Carlos Prestes, dicho grupo ha continuado su campaña dirigida a arrebatarse al grupo ortodoxo el liderazgo del movimiento de izquierda.<sup>6</sup> En Colombia, una fuerte corriente pro-china surgida entre la juventud del partido en 1961, dividió a sus líderes. Más tarde, sin embargo, con la expulsión de cuatro de sus jefes el partido reafirmó su repudio de la tesis china y su lealtad hacia Moscú. En Chile el Partido Comunista se ha mantenido fiel a la Unión Soviética, pero el debate público sobre el conflicto sino-ruso ha sido quizás más intenso que en ningún otro país de América Latina, cosa explicable dados el poderío e influencia del partido chileno. En este país otro importante partido, el socialista, cuenta entre sus filas un numeroso grupo pro-Pekín.

Ecuador constituye un buen ejemplo de la profunda escisión entre los partidarios de la coexistencia pacífica y el grupo de aquéllos que favorecen las tácticas chinas de la violencia. Esta división ha resultado agudizada por las rivalidades de tipo personal y regional surgidas entre el liderazgo del partido. Ambos grupos pretenden representar al Partido Comunista legítimo y han procedido a expulsar al grupo contrario. En el Perú el grupo pro-chino ha causado también una grave crisis interna ya que parece dominar las organizaciones regionales del partido y los grupos juveniles, mientras que la “vieja guardia”, leal a Moscú, controla la masa comunista de los grandes centros urbanos. Dentro del comunismo venezolano, cuyo partido como el de Cuba ha tratado de mantenerse al margen de la disputa sino-soviética, se distinguen tres corrientes divergentes. Un primer grupo mantiene el principio gradua-

<sup>5</sup> Pablo Piacentini, “China or Russia”, *Atlas*, vol. 9, núm. 4, abril 1965, pp. 208-211.

<sup>6</sup> Unión Panamericana, *Report to the Special Consultative Committee on Security*. Washington, OEA/Ser., L/X/11, dic. 1964, pp. 41-44.

lista y se opone a la lucha armada; el segundo, con el apoyo del régimen de Castro, aboga por la tesis de Guevara y se inclina por lo tanto a la utilización de las guerrillas y del terrorismo urbano para crear una situación revolucionaria. La tercera facción mantiene el punto de vista de que la lucha armada puede suspenderse —sin que necesariamente deba ser repudiada— sosteniendo que es preciso concentrar los esfuerzos partidistas hacia el fortalecimiento del movimiento entre los sectores campesinos y obreros.

Varias conclusiones pueden derivarse de lo anteriormente expuesto. En primer lugar, parece evidente que la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos, al enfrentarse con el dilema planteado por el conflicto sino-ruso, han escogido colocarse al lado de la Unión Soviética. En aquellos pocos casos en que los elementos pro-chinos dentro de dichos partidos han intentado apoderarse de la organización nacional sus esfuerzos han resultado infructuosos. En segundo lugar, parece también evidente que la tesis china de que los regímenes actuales pueden ser derribados mediante la lucha revolucionaria violenta, ha recibido mucho mayor aceptación entre los grupos juveniles e intelectuales que en la gran masa de antiguos comunistas ortodoxos. También puede llegarse a la conclusión que las divisiones internas más graves en las filas comunistas han ocurrido mayormente en casos como los de Brasil, Ecuador y Perú, países en los que líderes de alto relieve y reconocida autoridad han favorecido a uno u otro de los bandos opuestos.

La actitud del comunismo latinoamericano tradicional es fácilmente explicable. A través de todo su desenvolvimiento el movimiento comunista continental tendió a concentrar sus esfuerzos en el proletariado industrial urbano, y de modo especial en el movimiento sindical. Estos esfuerzos resultaron excepcionalmente arduos debido a las dificultades inherentes en la tarea de movilizar y organizar un sector emergente así como también debido al hecho de que la masa obrera latinoamericana, con raras excepciones, no se ha caracterizado nunca por su fervor revolucionario. Convencidos de que este último es el caso, y de que, por otra parte, América Latina no reúne todavía aquellas condiciones que harían posible actualmente el triunfo de la revolución, el liderazgo comunista optó siempre por las vías del endoctrinamiento y de la organización pacífica. Demostrando cierta habilidad para explotar las corrientes contradictorias tan características de la escena política latinoamericana los jefes comunistas, siguiendo esta táctica, lograron éxitos notables y sus filas aumentaron considerablemente durante las últimas décadas. Es conveniente recordar, que contrariamente a estereotipos muy generalizados, el comunismo latinoamericano carece de tradición revolucionaria. Esta afirmación puede sustentarse sólidamente mediante el análisis del desenvolvimiento histórico del movimiento, que demuestra que son pocos los grupos políticos del continente con menos incidencias de violencia e insurrección políticas. Considerando desde este punto de vista,

no es exageración afirmar que el comunismo viene a representar el sector más "conservador" de la izquierda latinoamericana.

Su colaboración con algunos grupos no comunistas, así como el hecho de que sus actividades sean por lo menos toleradas por otros, se han visto facilitados precisamente por estas idiosincrasias del movimiento marxista. Su carencia de espíritu revolucionario y por tanto de determinación para alcanzar el poder, aunada a su conocida aptitud para la organización disciplinada y a su escasa fuerza numérica, han hecho factible que los partidos comunistas sean aceptados frecuentemente como aliados políticos. Bajo estas circunstancias, la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos no han tenido nunca la naturaleza de organizaciones revolucionarias militantes dedicadas fanáticamente al objetivo de introducir cambios políticos drásticos, sino que más bien han consistido en maquinarias altamente organizadas, disciplinadas y eficientes, dirigidas por políticos profesionales.

Estas consideraciones nos llevan a la conclusión de que la Revolución cubana y el surgimiento de China como potencia comunista de primer orden, del que fue consecuencia el cisma sino-soviético, habrán de tener importantes consecuencias para el futuro del comunismo latinoamericano. No es concebible que mientras la Unión Soviética mantenga su preponderancia en la actual constelación socialista el comunismo latinoamericano, impulsado por consideraciones ideológicas, gravite hasta caer dentro de la órbita china. No obstante, es lógico también suponer que, mientras el régimen cubano pueda ser señalado como ejemplo de la viabilidad de una fórmula marxista-leninista, aunque "criollizada" y personalizada por Castro, aquellos sectores del comunismo continental que reclaman una línea revolucionaria a cualquier precio, tendrán un argumento convincente a su servicio. El régimen de Fidel Castro, calificado por un autor como "el monumento a la presencia soviética en el hemisferio occidental",<sup>7</sup> contribuirá de este modo a mantener resonantes los ecos del conflicto sino-soviético entre las filas del marxismo latinoamericano.

<sup>7</sup> Poppino, *op cit.*, p. 189.